

V
928
R

Pa 6431

R8

Z6

v.2

1872

EDICION DE "LA IBERIA."



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

DON JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA

PARTE TERCERA

CAPITULO PRIMERO.

Grandes sucesos de la corte.—Principios de un nuevo reinado: venganzas y castigos.—Soneto del indiano cuando el suplicio de D. Rodrigo Calderon.—Otros dos sonetos suyos al Cristo de Prete, desconocidos hasta ahora.—Decídese á coleccionar sus obras dramáticas.—Bienio cómico de 1621 á 1623.—"El Tejedor de Segovia."

1621

Pronto un grave acontecimiento público vino á cortar las rencillas literarias, á poner miedo y espanto en unos, en otros esperanzas, desasosiego en todos.

Fué, como los demás años, el 1.º de Marzo de 1621, concurrídisima la fiesta del Santo An-

003411

gel de la Guarda, en su ermita á la otra parte del rio, por encima de la Puente Segoviana, allí donde este santuario y los muros de la Casa de Campo de S. M. C. formaban la entrada al camino real de Sevilla. El dia mostróse destemplado y ventoso, de mucha humedad, harto desapacible. (437)

Asistió á la funcion, como tenia de costumbre, el rey D. Felipe III; pero al volver á palacio sintióse acometido de erisipela, con grande calentura, crecimientos y tan profunda tristeza, que vino á inspirar serios cuidados en los fisicos. No hubo medicina para atajar el mal; iba por semanas agravándose; y al caer el sol, lunes 29 de Marzo, se dió por desahuciado al enfermo. El cual, entre las ansias de la muerte, quiso que le trajeran de su oratorio un libro intitulado *Avisos de bien morir*. Oyó algunos; recibió á las diez de la noche los Santos Sacramentos muy en sí, con suma devocion y acatando gustoso la voluntad divina; hizo llamar á sus hijos para que vieran en qué fenece todo, y les prodigó los mejores consejos de padre y de rey, quedándose en lucha con los remordimientos y congojas que aprietan más en aquella hora á los poderosos de la tierra. Falleció miércoles 31 de Marzo á las seis de la mañana, catorce dias ántes de cumplir cuarenta y tres años. Cerca de anoecer, el viér-

nes, llevaron su cuerpo al Escorial, acompañándole sus hijos hasta la puerta del parque del alcázar: de allí, en union del infante D. Carlos, se retiró el Príncipe heredero al convento de San Gerónimo el Real, para disponer las exequias y recibir sobre sus hombros el peso de tan vasta monarquía; mientras su esposa Isabel de Borbon, la Infanta y el Infante cardenal, se hospedaban en las Descalzas Reales. (438)

Nuevo orden de cosas habia de suceder á un reinado de veinte y tres años, no desprovisto de gloria en lo exterior, pero que por descuido ó ignorancia dió calor al gérmen de cuantos males estaban reservados á España con el entronizamiento del favor contra el mérito, y de los malvados, entremetidos y audaces, humillando á sabios y virtuosos.

El tercer Filipo, educado á la sombra de un padre austero y severísimo, pero que debió á la naturaleza sobresalientes dones y voluntad de hierro, acostumbróse desde niño á respetar aquellos y á temer á ésta; aprendiendo, no á saber reinar, sino haciéndose á obedecer. Contemplaba la mucha confianza que su padre hizo de sus ministros, porque los escogia buenos; pero no fijó la atencion en que incesantemente velaba sobre ellos, para que el descuido no los trocara en malos. Ni siquiera echó de ver que la suma

potestad y disposicion de las cosas dependian exclusivamente de solo el prudente arbitrio de tan experimentado Monarca; y que por ello naturales y extraños veneraban sus decretos, como hijos de la gravedad y tino que todos en su portentoso juicio reconocian. Felipe III cazaba y rezaba, dejando abandonadas las riendas del poder en manos de sus ministros. Y tuvo la desgracia de entregar toda su voluntad, valor y dignidad imperatoria, á un astuto prócer y taimado palaciego, sin ninguna de las dotes indispensables para regir tan dilatada monarquía. En una palabra, y para decirlo de una vez, se habria contado entre los mejores hombres á no ser rey, y entre los mejores reyes, á tener mejor privado. (439)

Una sola cosa no cedió jamas: el entender y decidir personal y eficazmente sobre cuanto podia referirse al bien del catolicismo y á la corte de Roma. De todo lo demas, en hora menguada, fué dueño el favorito.

De aquí el arrinconar á los beneméritos las intrigas y bajezas de los entremetidos; el enseñorearse la desvergüenza en oficinas y tribunales; y el venir los tiempos en que para los hombres de bien no habia de haber libertad natural, amparo de la ley, ni fueros de la justicia. Exhausto el erario, enajenados los oficios de la

corona, las contribuciones en aumento, el desorden más espantoso en la hacienda, la venalidad en la provision de los destinos, ¿cómo no desesperar de la salvacion de nuestra patria, cómo no regocijarse las naciones vecinas, aguardando echar suertes muy luego sobre el manto de púrpura que ornaba á la señora de ambos mundos? Ministros nacidos del polvo de la tierra aparecian á cada instante, muy afanados en cargarse de millaradas de renta, las cuales salian de la sangre de los pobres, de las entrañas de negociantes y pretendientes. (440)

Sin embargo, aun quedaban insignes capitanes, adiestrados en la escuela del Duque de Alba y de Alejandro Farnesio; todavía eminentes republicos, amaestrados por Felipe II, para defender á España y sostener con gloria su bandera. Por aquellos varones pudo contemplar en su corte Felipe III embajadas fastuosísimas de Inglaterra y Dinamarca, del Japon y de Persia; ayudar al pontífice Paulo V contra venecianos; defender de los grisonos á los católicos de la Valtelina; y favorecer al emperador de Austria, quebrantando la fiereza del Conde Palatino del Rhin y estragándole sus estados. Finalmente, por tan dignos varones logró adquirir en Asia los reinos de Pegú, Candia, Ternate y Tidor y la isla de Ceilan; en Africa, las fortalezas de Ala-

rache y la Mamora; en América, territorios inmensos; en Flándes, diez y siete plazas, entre ellas la de Ostende; y apresar en los mares mil y seiscientos bajeles de enemigos. En el séptimo año del imperio de D. Felipe, decia el embajador de Venecia, Simon Contarini, á su república: «El Rey de quien voy á tratar es tan grande, que abarca de la tierra y mares lo que hasta hoy nadie ha poseido.» Gerónimo Soranzo, que sucedió en el cargo, afirmaba «estar dividida la mayor parte del orbé entre el Rey de España y el Gran Turco; viéndose llena de varones sabios aquella, doctísimos en todas ciencias y facultades, con especialidad en literatura y derecho, cosa digna de alabanza y aplauso, y de que la alcancen otros pueblos y naciones.» Por último, Pedro Gritti, embajador de tan sagaz república, le escribía por los años de 1616 á 1620: «S. M. Católica gobierna los más vastos y ricos estados que desde la caída del imperio romano poseyó príncipe alguno; porque extendiéndose por un espacio de veinte mil millas, segun el cómputo de los cosmógrafos, se dilata por las cuatro partes de la tierra y circunda todo el mundo.» (441)

Felipe IV, el Poeta, sucedió á su padre el Piadoso, con la inclemencia y estrépito que si entrase á reinar por la sorpresa de una revolucion,

y no por indisputado derecho. Cayó con fiero golpe el valido, levantóse otro. ¡Cuánto se hubo de equivocar en 1615 el prepotente Duque de Lerma, abandonando á merced de un extraño los once floridos abriles del sucesor á la corona! Aquel dia firmó imprudente su propia ruina y la futura desolacion de su casa, cuando por influencia de D. Rodrigo Calderon, hizo gentil-hombre de la cámara del regio vástago á un prócer derrochador, medio arruinado, astuto y soberbio, que jamas le habia de ser agradecido. Y ¡cuánto se engañó el Duque de Uceda en 1618, al escalar el poder y mudar llaves y criados en el cuarto del Príncipe, ensañándose allí contra su cuñado el buen Conde de Lémos, mientras dejaba indiscreto en el puesto de gentil-hombre al taimado y falso D. Gaspar de Guzman, conde de Olivares, que aparentaba no cuidarse de otro ningun gobierno que no fuese el del traje de S. A., el del caballo que S. A. montaba, y en desvivirse porque el lindo niño manejase con garbo y soltura el alazan brioso, y supiera concertar y disponer una cacería mejor que el más adiestrado montero!

Ocupados los favoritos del tercer Filipo en devorarse los unos á los otros, dejaron germinar, arraigar y crecer potentísimo el valimiento del sagaz y cauteloso Guzman, que despues derroca-

ria el de todos en este año de 1621. Perniciosísimo es el ingenio de los ambiciosos; de sumo peligro al Príncipe dar grandes honores al vasallo; error fatal en los reyes constituir al súbdito en guarda y principal defensa del Estado. Haya quien ampare y custodie el reino, quien se afane por la fiel observancia de las leyes; pero nadie le vea, y sobre todo, nadie le contemple y envidie expuesto á la pública expectacion, ataviado con las régias vestiduras. Si lo contrario sucede, los pequeños armarán sediciones para hacerse iguales; los iguales para hacerse mayores. Pueblo feliz (decia Platon) aquel donde los ambiciosos no pueden jamas hacerse dueños del poder, y donde va el imperio á quien en manera ninguna le apetece: porque en la audacia y atrevimiento del ambicioso, ignorante y desalmado, está el funesto gérmen de espantosísimos desastres.

Arduo es poder y no pecar. ¿Qué será cuando el Rey mancebo tiene al lado suyo un demonio tentador que le dispone lances y aventuras amorosas, y le empuja en sus pasiones y desordenados apetitos?

Odio invencible profesaba el Conde de Olivares á la casa de Sandoval; y en cuanto vió sentado en el trono al Rey, su pupilo, se propuso aniquilarla. Cualquier persecucion, por rigorosa que fuese, tenia que parecer bien al pueblo,

exasperado con los excesos y sin igual fortuna de aquella pujante familia. Secuaces ardientes y resueltos se habia de proporcionar Olivares, repartiendo como botin los despojos de los ministros caidos, y prodigando como propias las mercedes de la corona real. Hormiguero afanoso parecian los adeptos y partidarios, multiplicados en increíble número al calor de la esperanza de fáciles y arrebatados premios. Y era tan llegada la hora de la crueldad, que ávida de sangre y feroz se adelantaba la plebe á los deseos del Conde, capitaneada por la ébria y prostituida musa de Villamediana. Por aquellos dias santísimos de nuestra redencion, en que la mano del Príncipe deshace y borra la sentencia de muerte, así clamoreaba á guisa de memorial el populacho:

Anda, niño, anda;
Que Dios te lo manda.
Veinte borregos lanudos
Tiene vuestra Majestad
Que trasquilar para Mayo;
¡Bien tiene que trasquilar!
Y en trasquilando estos veinte,
Otros veinte quedarán.....

Eso anhelaba el Conde de Olivares; y en un punto rugió el trueno é hirió el rayo de su venganza. «Estrépito de cerrojos y cadenas (dice un